

CARTA XXV.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

TEODORO querido: al fin mis ojos vieron amanecer aquel día dichoso, aquel grande día que debía ser el de mi libertad y adopción en la inmortal y augusta sociedad de los santos. Tres días ántes habia acabado de manifestar á mi tierno bienhechor los abismos de mi iniquidad, que encubria despues de tanto tiempo mi corrompido corazón; pero él me habia dicho: Vuestra reconciliación con la santa Madre Iglesia está ya concluida, vuestra confesión está hecha, y os habeis acusado ya á Dios en la persona de su indigno ministro de todas las iniquidades que, despues de un prudente exámen, habeis podido tener presentes. Esto que os parecia lo mas difícil, era lo mas fácil; y ahora no debeis pensar sino en recibir la absolución con fruto.

Me parece, señor, que pues Dios nos concede tiempo, y por su gracia ya nos hemos desemba-

razado de esa atención que ocupa mucho, y se ca el corazón por el cuidado con que la memoria se fatiga en refrescar hechos que casi se la han borrado, me parece, digo, que ahora debeis destinar tres días para ocuparos en excitar vuestra compuncion, para pedir con el Profeta que os sustente en ellos con el pan de vuestro dolor y con el agua de vuestras lágrimas, y para que os conceda la gracia de llevar al pié de su sagrado tribunal un corazón tan pesaroso de haberle ofendido, como resuelto á no ofenderle mas, y un ánimo dispuesto á darle toda la satisfaccion que exija de vos. Yo me sometí á lo que el padre disponia, y él señaló el domingo siguiente para recibir en él la absolución.

¿Cómo te pintaré, Teodoro, el celo y el ardor de este infatigable apóstol de la caridad? Aquellos tres días casi no se separó de mí, y no hizo en todos ellos otra cosa que emplearme en ejercicios devotos y análogos al grande objeto que nos ocupaba. Ya me hacia leer en libros místicos ejemplos de fervorosos penitentes; ya rezaba conmigo los salmos penitenciales, explicándome los afectos y sentimientos de David, y añadiendo reflexiones tan patéticas, que me inundaban en lágrimas; ya invocaba al divino Mediador, que sentado á la diestra de su Padre escuchaba nuestros ardientes gemidos, y le pedia que los acompañase con su omnipotente mediación;

ya lanzaba de su corazón suspiros fervorosos ó ruegos encendidos, y me parecía que afectos tan vivos no podían dejar de penetrar el cielo, llegar hasta el solio de Dios, y que mi floja y débil oración podría unida con la suya elevarse también hasta el trono de la misericordia. Otras veces me transportaba con él á la Judea, y me hacía seguir la vida de nuestro Redentor desde el pesebre de Belén hasta el sacrificio del Calvario; y en todas partes, y en todo hallaba motivos para hacerme detestar mis delitos, y renovarme el propósito y resolución de reformar mi vida.

A veces invocaba á María, la Madre de Jesús, á José, su santo Esposo, á nuestros celestes tutelares, en general á todos los ángeles y bienaventurados. Los convidaba á todos para que estuvieran presentes el domingo, á fin de que fuesen testigos y garantes de mi renovación, y nos ayudasen á dar gracias al Dios de tantas misericordias. En fin, me daba nuevas instrucciones, y con prudentes discursos este hombre excelente consolaba mi corazón, introduciendo la confianza y la dulzura hasta el fondo de mi alma. Me hubiera sido imposible sostener las impresiones que me causaba, si mis continuas lágrimas no hubieran desahogado la violencia de mi dolor. Así pasamos estos tres días, que alcanzarán á este ángel incomparable una muy preciosa corona de gloria.

Al fin brilló la aurora del día que debía alumbrar la resurrección de un muerto, y en que se asombrasen todos los espíritus celestes con la misericordia infinita de un Dios que se dignaba mirar con ojos compasivos á la peor de sus criaturas. Vino el padre más temprano de lo que acostumbraba. Aunque como te he dicho, su aspecto era siempre venerable, y que en su aire y modo de presentarse se manifiestan de continuo la modestia, dulzura y circunspección que producen en los que le miran una impresión viva de su virtud, me pareció que aquel día se habían reforzado estas excelentes calidades, y que su semblante estaba más compungido, sus ojos más humildes, y todas sus acciones, si puedo decirlo así, más llenas de unción y de santidad.

Me dijo que lo siguiese á la capilla, y que me considerase como un reo infeliz justamente condenado á un eterno suplicio, que iba á implorar la gracia de un Dios soberano. Yo le seguí des-pavorido y alterado. El entró á la sacristía, se revistió de los vestidos sacerdotales, y salió á decir la misa. Aquel día se detuvo más tiempo en el altar que otros. Yo le oí exhalar gemidos, con que sin duda imploraba para mí la clemencia del cielo, y no dudo que llegarían hasta el trono de Dios.

Sus incesantes suspiros me hicieron levantar los ojos, y ví los suyos empapados de lágrimas.

que elevados al cielo con un rostro inflamado dirigian á Dios una oracion fervorosa. Yo no pude resistir á la viva conmocion que me produjo un espectáculo tan tierno, pues no ignoraba que todo era por mí. Me sentí inundado en llanto, y el corazón se me queria salir del pecho para seguirle en el rapto con que volaba el suyo. En fin acabó su misa, mandó al ayudante que se fuese y cerrase la puerta. Quedamos solos, se quitó la casulla, y conservando las demas sagradas vestiduras vino á sentarse en una silla que estaba preparada, y me mandó acercar.

Desde que doblé las rodillas, y me puse á sus piés me dijo: Señor, la tierra en que estamos ahora es tierra santa: aquí debemos dejar nuestros calzados, y desterrar todo pensamiento humano. Yo no soy mas que un miserable pecador, y quizá á los ojos de Dios mas culpado que vos; pero en este momento soy su ministro, y le represento. Vos me habeis hecho confidente de vuestras miserias y desgracias, me habeis manifestado vuestro arrepentimiento y dolor, me habeis prometido no volver á ofender á este Dios que ahora os quiere perdonar, y pareceis dispuesto á recibir la penitencia que os imponga en su nombre.

Pues bien, señor, yo os he conducido aquí para ponerlos con la fe á los piés de la cruz de Jesucristo. Vedla sobre ese altar: abrazaos en espíritu con ella, y unios á ella con todo vuestro

corazon y alma para que recibais la aspersion de la sangre adorable que la inmensa caridad del Dios Hombre derramó por vos. Esta sangre divina mana en la cruz por todas partes, y voy á extraerla de las llagas sagradas de nuestro Salvador para rociaros con ella, y curaros de las heridas mortales y profundas con que tantas veces le habeis dado la muerte.

Yo me estreché al oír estas palabras; pero él me dijo: No temais, señor. Vuestro Dios no se puso en tan lamentable estado para perderos. El es vuestra vida, y no podeis hallarla sino en él. Unios pues con esa cruz en que la caridad de Jesus se ha crucificado, y llorad abrazado con ella los largos desórdenes y muchos errores de vuestra vida, frutos abominables de las pasiones. Dios por su bondad os esconde su horroroso aspecto, para que no desfallezcáis; pero si quereis formar una exacta idea de los efectos que produce el pecado, ved como han puesto al Hijo unigénito del Eterno Padre, y considerad cuáles deben ser los horrores de un mal que no quiso expiar sino por sus tormentos, por su cruz y su espantosa muerte.

Estos crueles dolores, esas clavos, esas llagas las sufrió por vos; desde la cabeza á los piés padeció en su cuerpo adorable, porque no hay en vos parte sana y que no haya merecido los tormentos eternos. Vuestro Dios se puso en aquel lugar para libraros de ellos. Allí es donde vos y

yó debiéramos estar; y nada consiguiéramos con éso, si su amor no le hubiera móvido á crucificar-se él primero, y si el nuestro no nos muevé á nosotros á crucificarnos con él.

Olvidad en este instante lo que ha hecho por los otros, para no acordaros sino de lo que hizo por vos. Es verdad que es Salvador de todos; pero en este momento lo es vuestro tan por entero, como si no hubiera venido al mundo mas que por vos solo; y no es á otros sino á vos en particular á quien voy ahora á aplicar los méritos y el fruto de su divina muerte y pasión. No lo dudeis, señor, él vuelve á ser hoy de nuevo vuestro Salvador. Si vuestra fe me ayuda, si asegurada de la veracidad de su palabra recibe con confianza en su misericordia la absolución que voy á daros en su nombre, él va á resucitaros y daros una vida de amor que durará toda la eternidad.

Los derechos que habiais adquirido por el santo bautismo, y que habeis perdido tan desgraciadamente, se restablecerán ahora. Esas heridas profundas que parecian incurables, se sanarán, la cólera del cielo se aplacará, los fuegos inextinguibles que os estaban preparados van á apagarse, vuestro piadoso Dios va ya á miraros como Padre, á reconocer por su hijo, y volveros á su amistad. Sus divinos ojos no se apartarán ya de vos con horror, como en largo tiempo se apartaron; se detendrán amorosamente sobre vos, como

se detienen sobre los justos. Vos seréis objeto de sus complacencias, como él será de las vuestras, porque ya seréis santo para el Señor, vuestro Dios, que es la misma santidad.

Todo esto debeis á su inmensa caridad que le puso en el estado que os presenta esa cruz, y que es hoy vuestro solo remedio, vuestro único recurso. Ved el amor que le debeis. ¡Y habiendo tenido la desgracia de haberle sido tanto tiempo ingrato, haréis mucho en consagrarle el tiempo que os queda de vida? Empezad pues desde hoy una vida de amor, de adoracion y de reconocimiento.

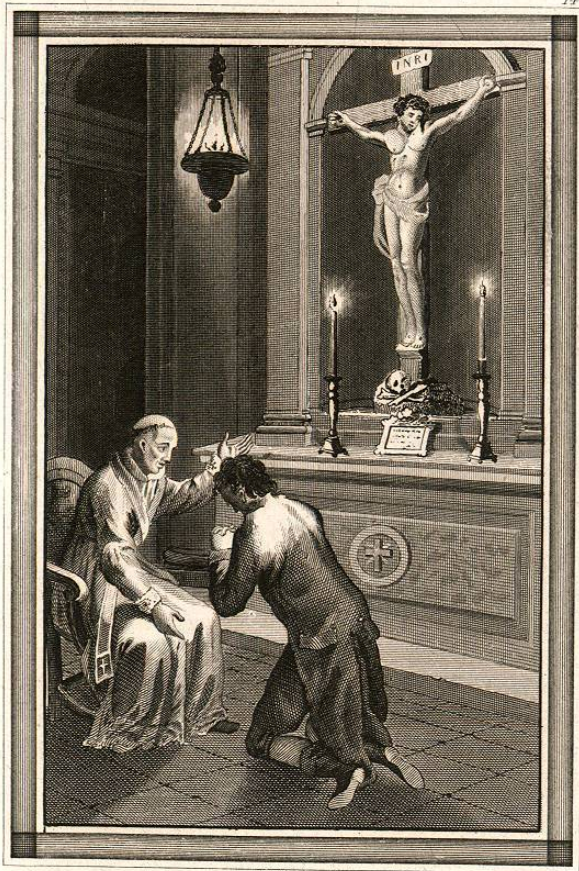
Sin duda se le debe temer, pues es justo; pero cuánto mas se le debe amar, pues es tan piadoso, tan benéfico y amable! ¡Qué! ¿no se ha dejado crucificar y poner en estado tan miserable sino para hacerse temer? Que le teman los que no le saben amar; pero nosotros que estamos á los piés de su cruz, nosotros que vemos el amor con que se ha crucificado por nosotros mismos, no debemos pensar sino en amarle. Este sentimiento debe ser el que reine en nuestro corazon con preferencia, y el que debe prevalecer sobre todos los otros.

Pero, señor, aquí no vemos mas que su imagen. Vamos á buscar su original, y con una fe viva vamos al Calvario. Volemos con el espíritu á esta montaña consagrada con la muerte de nuestro Jesús. ¡Qué es lo que vemos en él á los ojos de la

Religion? Al Verbo divino, á la Sabiduría increada, al Hijo unigénito del Eterno Padre, al Señor del universo, al Criador del cielo y de la tierra, clavado en una cruz reputada por infame, cubierta de llagas, sufriendo los mas crudos dolores, lleno de oprobrios, que espira en los tormentos, despreciado de los hombres, y como desamparado del Padre.

¿Y por qué nuestro Dios, nuestro Criador omnipotente, aquel que hace temblar las columnas del cielo, y en cuya presencia los angeles se humillan, sufre con tanta paciencia males tan inauditos y tan agenos de su inocencia? Por aplacar la justa indignacion de Dios irritado contra los pecadores, por pagar sus deudas, por librarlos de la eterna muerte, y conducirlos á la eterna vida. ¿Quién imaginara que un Dios se encargase de obtener el perdon de sus ingratas y viles criaturas tan á costa suya? Pero ¡ay! este remedio tan duro era necesario. ¿Qué sería del hombre si Jesus no hubiera pagado su deuda? ¿Cómo hubiera podido satisfacerla por sí mismo? ¿Quién sino un Dios podia pagar cumplidamente por las ofensas hechas á Dios?

¿Qué mas ven allí los ojos de la fe? Una tierna y afligida Madre, que triste testigo de los oprobrios y tormentos que una ingenua crueldad multiplica sobre el mejor y mas amado de los hijos, los sufre todos en su puro y celeste corazón. Mi-



J. Sallis del. J. Dorn

Yo os he conducido aquí para poner os con la fe á los pies de la Cruz de Jesu Christo; vedla sobre ese altar, abrazaos en espíritu con ella.

redla tan cerca de la cruz, que la sangre que corre de las venas de su Hijo, y que inunda la tierra, llega hasta ella, y salpica su cuerpo virginal. Esta es la misma sangre de que el Espíritu divino formó en su seno la santa humanidad; la misma que consagrada por la union de la naturaleza divina adquirió la virtud de lavar los pecados. La santa Madre está rociada con ella: habiendo sido concebida en gracia, y siempre fiel, siempre llena de las mas altas virtudes, no tiene que lavar; pero es Madre de misericordia, y ruega incesantemente que aquel bálsamo tan precioso se aplique y distribuya á los pecadores que imploran su piedad.

Observad lo que pasa en esa tragedia lamentable, que asombra á los espíritus celestes, y veréis que todo debe alentar vuestra confianza. Escuchad al mismo Salvador, que ménos ocupado en sus males que en nuestro remedio, despues de haber encargado á su discípulo querido el cuidado de su digna Madre, encarga á esta el cuidado de Juan, y en su persona el de todos los hombres. *He aquí á tu hijo*, la dijo, y con esto la nombra Madre de cuántos vivimos desterrados en este valle de lágrimas. Por esto la Iglesia con tanto fundamento la llama Madre nuestra, y esperanza nuestra. Jesucristo en su testamento y última voluntad sellada con la muerte, nos dejó su proteccion por legado. No contentó el Salvador di-

vino con darnos por la efusion de su sangre los medios de recobrar la gracia, nos dió tambien el auxilio de una Madre piadosa, que nos alcance sus frutos con su poderosísima intercesion.

Mirad tambien como aquella dichosa pecadora, que otra vez lavó con su llanto los piés de su Señor, ahora tierna y fiel compañera de María, le asiste tambien en estos últimos y dolorosos momentos, derramando nuevas y mas amargas lágrimas de amor. Mirad como ahora es mas feliz, porque participa de los tormentos de la cruz, y goza ya de los frutos de su penitencia. Y si os parece que no os puede su penitencia animar, porque ahora empieza la vuestra, aquí teneis muy cerca un ladrón, que pendiente de una cruz por sus delitos, y sin haber hecho ninguna, no dice mas que una palabra, y esta palabra sola basta para que se le perdone todo, y que pase en aquel dia del cadalso al paraiso.

¿Pero para qué me detengo, si en aquel venturoso momento el Salvador divino pronunció una absolucion general, ó lo que es lo mismo dirigió á su Padre un ruego universal que comprendia á sus mismos verdugos? Padre, le dijo, *perdonadlos, que no saben lo que hacen.* No solo intercede por ellos, sino que los excusa; y si esto hace por los que tanto le ultrajan, qué hará por los que implorén su clemencia?

Si esto es así, señor; si ahora estan abiertas las

puertas de la misericordia; si teneis á vuestro Salvador que pide por vos mismo que érais su enemigo, y le habeis ofendido; si ahora le encontrais rodeado de amigos que ruegan por vos, y de una amorosa Madre encargada de protegeros; si estais viendo que perdona á los que se lo piden de veras; ¿cómo vos á quién yo como ministro suyo he conducido á sus piés, no os aprovecharéis de este feliz momento? ¿Cómo no clamaréis tambien á vuestro Dios, vos que os sentis abrumado con el peso de tantos pecados, vos que habeis dado tantas veces la muerte á vuestra alma, vos en fin, que ya no esperais mas que una palabra suya dicha por mis labios, para resucitar y volver á la vida?

¿Y quién soy yo para separarme de vos, cuando se trata del perdón de los pecados? Quizas, y quizas mil veces mas reprehensible, no tengo en este momento otra ventaja que la de haberos conducido á la fuente de la misericordia. ¿Y qué debo hacer sino postrarme como vos á sus divinos piés, interpelar á María para que me alcance una gota de tanta sangre como se derrama, y unirme con vos y con el dichoso ladrón que está á su lado, para que todos y cada uno le digamos: Señor, acuérdate de mí? *Memento mei.* Tu bondad es nuestra única esperanza. Desde el trono de vuestra cruz decid á nuestras almas abatidas, que aunque os hemos olvidado tanto y tan largo tiempo,

vuestro amor paternal se digna de acordarse de nosotros, y que en vez de la horrorosa habitacion del fuego inextinguible que hemos merecido, que- reis hoy abrírnos las puertas de vuestro paraíso. La absolucion que esperamos de vos es la señal de esta promesa; pues ella nos hará dignos de ha- bitar con vos en la celestial Jerusalem.

Si, señor, esta absolucion que voy á daros en su nombre es la señal eficaz de vuestro perdon, y os pone en el camino de la eterna felicidad. El Espíritu Santo va á descender sobre vuestra alma: va á purificarla, á santificarla y reconciliaros con Dios; á justificaros, á daros el título y los derechos de su Hijo; á daros parte en la herencia que os dejó Jesucristo; á rociaros con su divina sangre, y haceros agradable á los divinos ojos. El va á marcaros con el sello de su promesa, y lo ejecutará al pié del altar, en que Jesus, Pontífice supremo de la Religion, ofreció á su Padre aquel sangriento sacrificio y precioso holocausto que este Espíritu divino encendió con su amor. Procurad pues asiros de esta cruz, y estrecharos á ella con la fe cuando me escuchéis las palabras sagradas.

No perdais de vista esas otras dos cruces, y esos dos tan diferentes delinquentes. Estos dos hombres son el símbolo que representa los diferentes destinos de los pecadores. Los dos estan clavados en sus cruces. Ambos estan igualmen-

te cerca de Jesucristo. Uno y otro estan pre- sentes al sacrificio que ofrece, y que hubiera po- dido salvarlos igualmente. No hay mas diferen- cia que la de sus corazones: el uno se une al sacrificio del Cordero, recibe su fruto y se salva; el otro se separa, le desprecia, y se pierde. To- mad ejemplo del primero, y consumad vuestra penitencia con sus mismas disposiciones. Yo os recomiendo principalmente tres. La primera, que unais vuestro corazon con los sufrimientos de Je- sucristo, para santificar con ellos, tanto las pe- nitencias que voy á imponeros, como aquellas que hagais voluntariamente, y sobre todo las que os envíe la divina Providencia para la expiacion de vuestros pecados.

La segunda, que reconozcais en vuestro inte- rior con sinceridad, que no hay pena ó sufrimien- to que no merezcáis; y con esta persuasion ínti- ma aceptaréis con humildad, y os sujetaréis con discrecion á todas las que el cielo os diere para satisfacer á Dios, y destruir el cuerpo del peca- do.

Y la tercera, que pongais una continua aten- cion; una incesante y nunca interrumpida oracion y vigilancia para no perder de nuevo la gracia que vais á recibir, y preservaros de recaidas.

Yo espero que Dios os ha dado estas disposicio- nes; y no solo lo espero, sino que me parece que ya las veo en vuestro corazon. Estad cierto que con ellas nuestra oracion sube al cielo, y que pe-

netra hasta el trono de la misericordia; que Dios nos oye y nos perdona, que los bienaventurados alegres cantan al Altísimo un himno de reconocimiento y alabanza, que interceden por nosotros, que el Señor los escucha benigno, y que de nuestro irritado enemigo vuelve á ser desde hoy nuestro protector y nuestro Padre.

Tened por seguro, que Jesucristo está ya con nosotros. Ya sabeis que ha prometido, que cuando dos ó tres se juntaren en su nombre, él estará entre ellos. Aquí estamos los dos, y en su nombre nos hemos juntado. ¿A qué habeis venido sino á exponer vuestras miserias, implorar su piedad, y pedirle perdon por medio del ministro que os ha señalado? ¿Y á que he venido yo sino á oiros, á confesaros y absolveros? ¿Cómo pudiera hacer esto yo, miserable pecador, sino por su autoridad y en su nombre?

Acordaos que cuando vino al mundo, él mismo dijo que no venia por los justos, sino por los pecadores, y que ha instituido el sacramento de la penitencia para ellos. Acordaos tambien que ha dicho: Venid á mí, todos los que estais cargados y fatigados, que yo os aliviare; y que por esto cuanto mas cargado esteis de pecados, tanto mas derecho os da para acudir á su piedad; que estas promesas son suyas, que es el Dios verdadero y fiel; que para cumplirlas ha puesto las palabras de reconciliacion en sus ministros, á los que ha he-

cho depositarios en su nombre de su potestad. Vos estais en presencia del que os ha destinado. Buscad pues en él á Jesucristo. A cualquier parte que volvais los ojos le hallaréis, porque siempre está cerca de los que le invocan. Si levanteis los ojos al cielo, la fe os le mostrará sentado á la diestra de su Eterno Padre, donde como Pontífice supremo le está presentando vuestras oraciones y gemidos. Como divino Mediador intercede para que os perdone, y como Sacrificador le ofrece vuestra penitencia acompañada de su cruz para darla valor.

Si los volveis á la tierra, vos acabais de verle en el altar, adonde ha venido á renovar su sacrificio, y presentarlo otra vez á su divino Padre para obteneros el perdon que esperais. Y ahora mismo está entre nosotros, pues que lo ha prometido, y viene á escuchar los sollozos de vuestro corazon, á curar vuestras heridas, á infundiros su Espíritu, y á presentarme á mí la amorosa llaga de su costado, para que saque de ella la sangre con que debo rociaros y sanaros. No penseis, pues, sino en postraros á sus piés, en abrazaros con ellos por la fe, y regarlos con las lágrimas de amor y de dolor con que los regó la amante pecadora.

No considereis otra cosa que vuestras miserias y su misericordia, el exceso de vuestros males y lo infinito de su bondad, el horror que debeis te-

ner de vos mismo y la inmensa caridad con que él viene á vos. Ocupaos en estos objetos, y no los separeis, porque unidos serán á un tiempo los motivos de vuestra afliccion y de vuestra confianza. Yo espero que á medida que le habeis descubierto vuestros males, cuando me los habeis declarado, los ha ido curando. No falta pues otra cosa que el que le digais una palabra: Señor, si quereis, podeis sanarme. Esta palabra, que no se ha dicho ni se dirá jamas en vano, le hará responderos como al leproso: *Sanad: yo lo quiero.*

Avivad pues en este momento vuestra contricion. Repetid los gritos doloridos de David: *Miserere:* ¡Señor, misericordia! Pedid al Espíritu Santo que forme en vuestro corazon esta palabra poderosa; que la forme en el mio para que yo le dirija tambien mis súplicas humildes. ¡Dios omnipotente! ¡luz inaccesible! ¡resplandor inmortal, al que los querubines se acercan trémulos y con la faz cubierta! ¡cómo yo, miserable pecador, me atreviera á ponerme en tu presencia, si el Dios que engendrado ántes de la aurora salió de tu esplendor divino, no le hubiera mitigado, cubriéndole con el velo de mi carne! El es por quien espero hallar entrada en el trono de tu misericordia. Es el Dios, hijo de David, al que dirijo mi ferviente ruego; al Dios que me ha dado el derecho de llamarle mi hermano, porque su piedad es toda para mí.

¡O tú Jesus, hombre y Dios! tú á quien hablamos sin temor, aunque seas el Dios Salvador, el Dios de Israel: tú á quien otra vez se acercaban los pecadores con seguridad y confianza: tú que con bondad los excitabas á acercarse, permitid que el que está ahora á vuestros piés obtenga el perdon que vos solo podeis concederle. Yo imploro para tu siervo la misma misericordia que mostraste cuando te manifestaste en la tierra.

Pero, señor, este penitente no te pide un perdon que le deje como estaba en sus pasiones; pide que le perdones y lo enmiendes, que olvides sus iniquidades y las destruyas. Sabe que ya habias destruido la iniquidad en que nació, que la habias lavado con tu sangre, anegando en ella la maldicion de su origen; ahora viene á pedirte otro bautismo nuevo, y sus lágrimas santificadas con las tuyas le darán el agua necesaria. Haced, Señor, que donde fué tanta la iniquidad, sea mayor la gracia; que donde abundaron las injusticias y delitos, sobreabunde la misericordia y las virtudes.

Sus males serian irremediables si tu justicia le quisiera perder, si por tu gloria no quisieras salvarle. Tú le hiciste renacer de la Iglesia, madre tan santa, que la escogiste por tu esposa. Ella le dió la vida y derechos á la inmortalidad; le hizo conocer la verdad que amas, instruyéndole en los misterios ocultos de tu sabiduría. El